

Begoña Abad de la Parte

MUSARAÑAS AZULES EN BABILONIA



Pliegos de la Palabra 04



Segunda edición:
Octubre 2013

© *Begoña Abad de la Parte*

© de la ilustración, *Antonio Orihuela*

© del prólogo, *Vicent Camps*

© De esta edición,
Babilonia ediciones
babiloni56@gmail.com
www.edicionesbabilonia.com

I.S.B.N.: 978-84-940524-2-2
Depósito Legal: V-1653-2012
Impresión: Grafigrau, SL Xàtiva (Valencia)

Impreso en España. Printed in Spain

MUSARAÑAS AZULES EN BABILONIA

Begoña Abad de la Parte

Musarañas azules en Babilonia, azules como el mechón de pelo de Begoña, como el cielo que se abre azul después de leerla, azul esperanza, azul dignidad, azul babilónico, azul amistad: amistad hecha libro.

Hemos leído a una Begoña en ciernes, la pensamos a la medida de su madre, y compartimos con ella el aprendizaje del vuelo. Begoña, una poeta que lo fue en ciernes, pero que ya no lo es, una poeta que en este nuevo libro, nos dice que se empapó de amor y volvió a nacer un día sacando de su interior servidumbre de años y ahora anda regalando amor, y quien tiene la suerte de tratarla sabe que es cierto.

“He cambiado radicalmente de vida./ Antes vivía con tu soledad,/ ahora vivo con mi compañía...”, estos versos del libro de Begoña *“Cómo aprender a volar”*, que estoy convencido han ayudado a tomar una decisión vital a alguna persona lectora, abren este nuevo poemario, no es baladí este comienzo, quien habla así no ve pasar las nubes imaginadas, dejando la vista perdida en el horizonte ensimismada en sus pensamientos, no piensa en las musarañas; muy al contrario, quien así nos habla, avisa que tiene puertas y ventanas abiertas para que se pueda entrar en sus adentros, y lo hace con pleno convencimiento de causa, de esa causa que en la poeta Begoña Abad invariablemente va a dar a la libertad.

Este libro valenciano de Begoña, por la editorial que lo publica y las conexiones de amistad que lo han hecho posible, es como lo fueron los anteriores: inteligente y sencillo, discretamente lírico, a poco que se piense dicho en voz alta; descubrimos en él a la Begoña que ha ido dejando lastre por el camino, a la más decididamente mujer y mujer libre, mujer transgresora: – *“Te he dicho te quiero/ porque dicen que no se debe decir./ Te he dado la llave de mi puerta/ porque dicen que no debo dejar pasar a los desconocidos”*, que no renuncia al amor, al sexo, de hecho el erotismo se hace poema: *“Me gusta cuando me haces un poema con la lengua recorriendo mi cuerpo...”* esta transposición de sensaciones, es una de las muchas que atesora y que van configurando el latir de una mujer de verdad que quiere compartir: *“Hombre, compañero asombroso/ que me recorres con el mismo respeto/ con que*

yo ando los templos...”, y que nos dice abiertamente que necesita de él, necesita de esa compañía masculina de calidad, compañía elegida: “no creo en la plenitud amorosa,/ creo en los instantes amorosos”, desde el asombro, otra vez desde la libertad.

Esta mujer hecha de madera de carrasca: *“Quien me quiso castrar/ se encontró con un imposible”,* y que al tiempo se deja tallar como el tilo: *“La nada de mirar que amanece/ en todas las miradas... /La nada prodigiosa de palmearme el corazón/ y explicarte que soy feliz por nada”,* nos volverá a regalar en sus lecturas en directo: fuerza y ternura, inteligencia y humildad, amistad en estado puro; lo estamos esperando, porque esta autora crea amor a su alrededor y el amor expande, y además como ella dice en este poemario: *“el amor nunca es imposible”*.

“Morirme de amor con el amor a mano/ amando hasta el final/ ...Desarmada de amor eternamente,/así quiero vivirme”, con esta declaración de principios cierra el poemario nuestra autora, a falta del refrendo último a la amistad, que con unos versos de inconfundible sello begoniano: borda, hace ojales y presillas para no dejar escapar los recuerdos; guisa y deja hervir un caldito donde estofa estrellas, e inventa un cuento que empieza al revés: *“y fueron felices y comieron perdices”,* y que como no podía ser de otro modo dedica al poeta Antonio Orihuela, con quien tanto quiere y queremos.

Estoy convencido de que este nuevo libro de Begoña, será como todos los suyos: un aglutinador de cariños, un derroche de amistad para con las gentes que llenarán los lugares donde esta poeta comunicadora, recita y comenta sus poemas.

La autora refiriéndose a la vida dice en el poemario *“Aún me lamento de las veces/ que la dejé pasar sin pena ni gloria”,* tomad pues entre vuestras manos este libro y abrid sus páginas con deleite, con ternura, con riesgo, con amor, y no dejéis escapar ni uno de estos versos.

Vicent Camps. Xirivella, 26 de noviembre de 2012

*A Conchita por elegir sus palabras y mi voz en ese viaje,
rumbo a las estrellas.*

Octubre de 2012

He cambiado radicalmente de vida.
Antes vivía con tu soledad,
ahora vivo con mi compañía.

Empapada de amor
ebria de gozo,
asaltó la calle, la vida,
eso que llaman futuro,
y sentada a su borde,
como quien contempla el mar,
la puesta de sol en el desierto,
o el amanecer entre las hayas,
descubrió que aún era capaz
de abrazar con firmeza
ahora que se aplanaba su pecho
y se descolgaba, plácida,
la piel de su contorno.
Cerró los ojos y recordó el beso,
hizo comparaciones
y eligió el que había aprendido
a última hora de la noche,
aquella noche tan corta,
tan provocativamente corta.
Abrió su bolso, sacó el espejo
y se saludó ahora,
empapada de amor,
ebria de gozo,
con una sonrisa hermosa, profunda.
Tenía cientos de años
y de sueños, de deseos y
de razones para asaltar la vida.

Brava en batallas,
como potranca sin doblegar, me nacieron
a los mil años de haberme nacido antes.
Y me nacieron, esta vez,
de madre tierra, virgen, natural.
Y tuve que sacarme los terrones, de los ojos,
que me habían metido, a puñados,
donde antes estuve.
Me destapé la boca
que me habían tapiado
como en barro amargo.
Moví los brazos y ya me salió un baile.
y me salió también la risa
como primer grito, esta vez.
Y los ojos, de tanto mirar,
me lloraban de gozo
y la palabra que aprendí primero
fue: Libre,
que nadie sabía antes.
Tuve que explicarla
a todos los que andaban
con los ojos y la boca tapiados
como yo anduve.
Me ayudé de los dedos,
de las uñas a veces,
y de los mismos dientes,
para vaciarles del miedo,
y aprendí la segunda palabra:
Amor,
que tampoco sabía nadie.

Abrí así una escuela de amor
para borrar las palabras con las que nos criaron
y que decidimos negarnos a pronunciar:
esclavo, soledad, pena,
hambre, pobreza, incultura,
rencor, envidia, censura,
mentira, dolor.
Fue allí donde nacieron: Poema,
Derecho, Hermano, Deseo,
y donde la escarcha
se olvidó de caer.

Sé de qué lado ando,
lo que defiendo,
qué bandera elijo,
igual que sé
el color de tus ojos
y el hueco de tu ausencia.
Sé la medida del dolor
que soporta un hombre
y la del amor
que entrega a puñados
una mujer.
Conozco el calor que no se olvida
cuando se tuvo en brazos
un niño dormido
o un hombre despierto.
Recuerdo que fui niña
y el largo camino
que me cambió en mujer.
Ahora que sé tanto
y me queda por aprender
todo lo que aún desconozco,
tomo lecciones
cada madrugada
y a la vida
le pregunto sin miedo,
como niña,
entusiasmada por cada respuesta
que me ofrece.

Para Alberto Villén

MUSARAÑAS AZULES

Siéntate en mis adentros
no te quedes aguardando
mirando desde fuera,
intentando averiguar lo que se esconde.
Hace tiempo quité las puertas,
abrí las ventanas hacia afuera
como brazos que esperan,
que llaman y esperan.
Compuse música con la risa
y planté, en los rincones,
musarañas azules
para poder perderme
donde no me dejaron hacerlo
de muchacha.
Pensé en ti.
Te pensé con vestidos diversos
y con desnudos iguales,
adiviné cómo olerías
y me salió un perfume
que era desconocido y ahora es mío.
Todo es mío, ahora que no poseo nada,
ahora que se puede entrar a mis adentros
porque no hay puertas ni ventanas
que lo impidan.

Para Vicent Camps

Hombre, compañero asombroso
que me recorres con el mismo respeto
con que yo ando los templos,
porque son moradas divinas.

Tengo derecho a tu alegría
como anticipo de la mía propia
para vivir al aire, como las hayas.

Y derecho al beso
en las sombras lunares
y en los desiertos cálidos
de nuestros brazos.

Y derecho al río de tu palabra
que arrastre mi pena
y que llamamos consuelo.

Hombre, compañero asombrado también
al descubrir los rincones
que voy abriendo a tu mano de miel
cuando me acerco a encontrarte,
a tu arrullo, sin cuidado de dolor.

Necesito de ti, de ese asombro,
y del silencio que dices cuando me miras,
cuando recoges mi alma
con el mismo cuidado
con que sostuve a mis hijos en brazos
por primera vez.

Alfarera de ti
aprendí a rezar al conocer tu nombre
y cambié el padre nuestro
porque fuiste el pan de cada día
por el que clamé a los cielos.

Y fuiste el aliento de dios
que me infundía la vida
en un paraíso terrenal
que inventamos,
tú Adán y yo Eva,
nuevamente.

Resolví que la creación
comenzara de nuevo
y moldeé tu cuerpo
con mano, lengua y deseo
y fui dios al acabarte
y hacerte libre.

Quien me quiso castrar
se encontró con un imposible
y sacó de mí un dolorido grito.
Encerrados los sentidos
comenzaron a doblarse
como tallo de flor que le faltara el agua.
Pero había nacido mujer
y el agua brotó,
manantial adentro de mi vientre,
y se vertió a la vida
y caminó por ella
y eligió la risa y el abrazo
y el pelo azul y desenvuelto al aire
y en los ojos, los pechos, y los muslos
se instaló el gozo de la nada
que cada día iba manando,
a cada paso.
La nada de alzarme sobre los pies desnudos
y llegarme a las estrellas
a escuchar su melodía.
La nada de mirar que amanece
en todas las miradas
(incluso en la de los castradores
y la de los verdugos).
La nada prodigiosa de palmearme el corazón
y explicarle que soy feliz por nada,
o porque huele a heno,
o a canela,
o a sudor si me has amado largo.

ORDEN

Me enseñaron a ordenar los cajones,
la ropa de invierno y de verano,
los folios, las cuartillas,
los libros por orden alfabético.
Las fotos por fechas,
las cazuelas por tamaños,
las tazas de café, sólo, con leche...
Los cubiertos de carne, de pescado.
Las bebidas ligeras y las otras.
Las lejías, detergentes y los trapos
de usar para cristales
o para desengrasar alicatados.
Me enseñaron a ordenar mantelerías,
a organizar maletas,
a mantener un frigo bien surtido
y a etiquetar debidamente el congelado.
Nadie me ha enseñado todavía
cómo se ordenan los besos
nadie debe saberlo, o lo callan.
He aprendido a solas, como se aprenden
todas las cosas que sirven para andar por la vida
en todo tiempo, a todas horas,
haga frío o calor,
estés acompañada o sigas sola.

Para Antonio M. Ferrer.

TRANSGRESIÓN

Te he dicho te quiero
porque dicen que no se debe decir.
Te he dado la llave de mi puerta
porque dicen que no debo dejar pasar a los desconocidos.
Te he contado mi verdad
porque dicen que hay que guardar reservas.
Te he hablado al oído
porque dicen que no conviene acercarse tanto.
Te he dicho que seas el centro de mis sueños
porque dicen que ya tienes dueño.

No me gusta, amor de madrugada,
que me quieran de cualquier manera.
Me gusta cuando me haces un poema
con la lengua recorriendo mi cuerpo,
cuando mides tus brazos con mis brazos
y la rima se te desbarata.

No te acostumbres a la rima, mira
que los endecasílabos se enredan,
por lo demás, prefiero que me beses,
prefiero que me leas un te quiero
escueto, envuelto en tus manos calientes,
recorriendo mi espalda adolescente
y que me mires mientras a los ojos.

No es académicamente correcto
que hagamos el amor en ascensores,
ni que libes en mis labios la saliva,
sin embargo me gustan esas cosas
poéticamente entrelazadas.

Te propongo que inventemos un verso
con estrofas de amores de verano,
puede que el pasado fuera un soneto
o puede ser que el hoy no haya llegado.

ENSALADA

Como a solas ensalada
y a veces como soledad.

Cae a mi plato, transparente, cruda,
y la tomo...

De vez en cuando la cocino,
invento recetas:

Soledad al vapor,
guisada, estofada,
en salsa rosa, verde.

La verdad es que me siento bien
a cualquier hora.

Dicen que en la noche no se debe tomar,
que es dura, que no se digiere.

También dicen que de mañana
deja el cuerpo triste, como en ayuno,
insatisfecho.

Pero no es verdad,
quizás sea que la tomo
después de estar contigo.

Acostarme y subir las escaleras
que me llevan derechas a tus brazos
y después ya veremos lo que pasa,
porque hay noches que el sueño se desvela
y tardan tus manos en llegarme
y no me quitas la ropa en el rincón
y no me besas la boca con carmín.
Cuando eso ocurre, yo me desespero
y llamo a urgencias en los hospitales
de tus ojos vacíos que, ayer noche,
me he encontrado tirados en la esquina
de la calle donde siempre han vivido:
en el portal que da paso a mis pechos
y una cuarta debajo de mi ombligo.

Sólo mi amor te hizo perfecto
y sólo en él permaneces así.

AMANTE CONSENTIDA

Me aventuro a creerte
y te escucho paciente
con la mejor sonrisa
aunque sé que me mientes.
Me dices que esta noche
me traerás la luna
como una cata abierta
del propio corazón
en otras ocasiones
me has ofrecido el cielo,
y desiertos ardientes
y tus ojos en plato,
y aunque nunca te creo
me gustan esos juegos
de amante consentida
que te exige la sangre
de la más honda herida
en la que nos convierte
el duelo del amor.

De madrugada,
con mariposas prendidas en la piel,
abren el tiempo y hacen café cubano.
Frente a una puerta y a la verdad,
se sientan y dejan rodar la risa
que se baña en cada vaso.
Un peso (y un beso, cuando no asoman compradores),
tras de una puerta que los oculta,
y cuando el día se ha puesto de pie
vuelven las mariposas a la piel,
el juego de la risa a los cajones
y el café espera paciente
a que lo resuciten sus manos enlazadas
un día más.
¿Quién puede ignorar
que me hablabas de amor?

Para Javier G.Z.

La vida, mi amor, sólo se desdobra
si hacen tus manos el esfuerzo
de cogerla por los cuatro costados.
Como arcángeles, como puntos cardinales,
como esquinas de una encrucijada.
Hay que sacudir su imperio
hay que comprarla cada día, la vida.
No es gratis ni su asomo siquiera.
Aún me lamento de las veces
que la dejé pasar sin pena ni gloria,
como se pasa el instante de un pestañeo,
de un golpe de abanico.
Aún me sabe a poco el momento
en el que se me ofrece rendida,
como un pájaro adiestrado.

Para Shiro Dani

LAS MENINAS EN TUS OJOS

Hay días que se respiran a bocanadas
pero se encuentran versos a bocajarro.
Días oblicuos que se viven a destajo
y días líquidos que se escapan a chorros.
Hay instantes que parecen vidas
y vidas fugaces como un suspiro.
Hombres que parecen tristes gatos
sorteando tejados con nieve
y hay gatos con siete vidas
que maúllan, en celo a todas horas,
como algunos hombres de nevadas tejas.
Hay veces que todo parece azul
y veo las Meninas en tus ojos,
en cambio hay rachas
en las que se cierran los museos
y sólo están abiertas las tabernas de putas,
las oscuras y frías sacristías
y algunas avenidas sin nombre,
o con nombre de guerra...

Para Javier G.M.

Deposito un beso en el hueco de tu axila
y en el centro de la tierra
tiemblan las piedras del tiempo.
Por un momento, se concentran
los glaciares, las simas, los espacios,
en ese brevísimo gesto,
en ese único sentido
que la vida tiene.
Apenas el soplo de mis labios,
apenas el roce de tu piel
y esa hondura graba,
por los siglos de los siglos,
una huella, un fósil,
que será hallado
por los que nos sucedan.

Yo no soy un genio,
si lo fuera saldría con Aladino
o saldría de tu lámpara
sí, la que ilumina el papel
en el que me escribes cada día
y mientras intentas
que las luciérnagas que aún sobreviven
se cuelen en tu memoria,
para indicarte el camino,
o andaría revolviéndote el pelo
con los dedos de genio
que consiguen sueños
a los niños buenos
o a los hombres malos.

Todo cuanto soy cabe en un sobre
puede, por lo tanto, cruzar la tierra
tan sólo con un sello conveniente.
La dirección del viento,
el remitente ausente.
La respuesta a vuelta de correo.
Si te llega a las manos
ábreme con cuidado,
soy delicada.

Vayamos a Nepal, mi amor,
yo me pondré tu camisa de boda
y volveremos al lugar
donde no hay más estrella
que la de tu frente.
Cuando suenen los manantiales
y la noche aclare las ideas,
habremos de recordar
en qué tierra nos conocimos
antes de ser uno sin saberlo.
Volvamos a Nepal
como Lázaros resucitados a la vida.

Me gusta hacer contigo
las cosas prohibidas,
buscar en los lugares
donde no se ha de entrar.
Me apetece decir
que estoy enamorada,
pensar en lo que cabe
debajo de un paraguas,
definir las palabras,
comérmolas después
en los labios del otro.
Desayunar los besos
con trufas de café.
Levantarle la saya
al día de mañana
mientras hacemos novillos del ayer.
En la república del libre albedrío cabe todo:
Un barullo de peces asustados
vientre abajo
y un zureo de palomas
en los dedos del pie.
Cabe un ático en el ahora,
la música inacabada,
los imperfectos del sub-contigo
los poemas irregulares
y las azoteas sin horizonte.
Debajo de un paraguas
de un mayo cualquiera
la vida me parece
una aventura al bies.

Hoy comeré las sobras
del día después
de los grandes banquetes.
Un platito pequeño
de besos olvidados,
entrantes de otros besos
que llegaron después.
Un picoteo ligero
de agujetas azules
que recuerdan que hubo
una batalla campal.
Un sorbito de risas
debajo del sofá
donde fueron cayendo
la ropa y el papel.
Y enredado en la lámpara
de poemas azules,
el olor de tu cuerpo,
una clave de sol
que entra por la ventana
y un frasco de champú
que te dejaste abierto.

Sigue cerrando mal el frigorífico,
he aprendido cual es el botón
que le da vida a la radio
y cómo no ser una mujer perfecta.
Sólo me queda aprender a vivir esperando
para hacer juntos la comprobación.

Para P.B.

Dejar que me lluevan las palabras
amanecer nevada de ti.

Desde que te miro
nunca se ha oscurecido la luz.
No sé el tiempo que ha transcurrido.

Te he elegido, te digo.
“Eres mi premio”, me respondes.
Te miro.
Hace miles de miles de años
ya había escuchado este silencio.
Éste es el mío, pienso.

No creo en la plenitud amorosa,
creo en los instantes amorosos.

Sin yo saberlo, ni saberlo tú,
porque, en fin, nada sabemos,
resulta que estamos hechos
de la misma, exacta, luminaria
y yo aprendo a encenderme
cuanto más te dejas encender a ti.
Pudiera ser que ambos
sólo fuéramos el reflejo de la luz del otro.

Son las tres de la madrugada
y me despiertas tú
que no estás conmigo
y sin embargo
todo lo que me rodea eres tú.

Acaricio la lámpara,
las sábanas, la mesilla de noche,
la almohada, el suelo,
el techo, las paredes,
y todo eres tú.

Como si tu piel se hubiera extendido por el mundo
y yo, al acariciarte, lo acariciara a él
y amándote así, despacio,
sin condiciones, a pesar de las distancia,
hiciera posible el arte de amar
todo cuanto ha sido creado.

Mis pechos tienen ya la forma de tus manos
y como un extraño fósil, conservo entre mis piernas
tu última caricia inolvidable.

Me he convertido, sin saberlo,
en una masa candel que modelada
tiene la forma de tu propio reverso.

Tengo la inconfundible cicatriz de tus labios
en el costado donde sueles besarme
y a la luz de la noche,
el fósforo de tus huesos brilla en mi espalda,
igual que el sendero que ha trazado tu lengua,
desde mi ombligo hasta el infinito
donde solemos perdernos, para encontrar
salvajes caminos de regreso a la única razón
que siempre nos vuelve al paraíso
del que no deberíamos regresar jamás.

Siempre he pensado
que he llegado demasiado pronto
para algunas cosas
o demasiado tarde
para otras.

Sólo estoy en su punto
cuando tú me tomas
como fruta del tiempo.

He soñado contigo.
Iba desnuda de rojo
y tú mirabas el azul de mi pelo.
Te ofrecía un panqueque
con miel de arce
y había nevado aquella noche
azúcar flor, por todos los lugares
donde aún no nos habíamos besado
con besos de cerezo en flor
o de mermelada de naranja amarga
(me gustan tanto los contrastes).
Por eso me gustas tú,
por eso y porque
me ves hermosa.
Por eso y porque al pensarte
los libros de conjuros
se abren solos, por la página exacta,
en la que nacen los poemas
con rumores de agua
de los océanos que te engendraron.
Por eso y porque te descubrí
como a un nuevo continente
donde caben las palabras innombrables,
los números de la cábala
y algunos enigmas
que cualquier hombre debe descifrar
para aprender a volar.
He soñado contigo, te decía
y al despertar, toda la habitación
olía a manzanas maduras,
como en el desván de mi infancia.

Para A.N.

Con el empeño de un aprendiz
la ternura de quien afina un piano
y la curiosidad de un niño,
fue silabeando en mi piel
sin saltarse ninguna de sus líneas,
hasta conseguir escribir en ella
el mejor poema de mi vida.
Soy un pésimo amante,
me había advertido sin embargo.

Para J.L.M.

Cuando la vida era un nudo corredizo
alrededor de mi cuello de cisne negro,
cada día levantaba a pulso una idea,
la sacaba de los fangos nocturnos,
la limpiaba, estiraba sus ángulos opuestos
y, colgada en el palo mayor,
la dejaba ondear frente a mis ojos
mientras, en blanco y negro,
sucedió lo demás.

Por entonces yo respiraba por branquias,
tenía ocelos y amenazaban ya
unas incipientes alas.

Por eso me sentía extraña,
por eso y porque en el rebaño
llamaba mucho la atención.

No había aprendido a balar y sin embargo
aullaba como las lobas
aun en las más oscuras noches sin luna.
Todavía hoy, brillan demasiado mis escamas
en medio de tanta lana,
pero sobre todo soy demasiado escurridiza
cuando intentan sujetarme entre las manos.

Se mantiene en pie
la pared maestra de mi casa.
Hay mohos, sombras,
magulladuras y espesas telarañas
que se aclimatan
a las húmedas noches
y las frías mañanas,
pero sigue en pie
el muro que todo lo sustenta
y es su sombra
la que buscan los animales
y algún humano
que transita por los alrededores.

Me dices: “Vos sentís mucho,
más que los demás y encima
sos transparente”.
Y me das, por ello, la enhorabuena.
Lo que no me decís es
cómo se cura ese mal,
ni quién puede remediarlo,
en el caso de que decida
no dedicarme a ser clown
el resto de mi vida.

Para Marcelo Katz

RAPTO

Yo nunca he sabido raptar
a pesar de saber que lo deseaba.
Nunca he creído
que fuera capaz de hacerlo
si me lo proponía.
¿Cómo raptarte sin antifaz,
a cara descubierta?
¿Cómo hacerlo sin intención de pedir rescate,
para poder hacerme así con el botín
las mil y una noches?

EL AMOR NUNCA ES IMPOSIBLE

Entonces, como un soplo,
una hoja del árbol de los sueños
cayó a la piedra desnuda
y un temblor removió la tierra
hasta sepultarlas para siempre.
El paso del tiempo
como un sedimento oscuro y silencioso
convirtió en milagro lo natural
y el leve peso de la hoja ausente
marcó el pedernal con su dentado borde
y aún perdura su forma original...

Hoy tu mano, una vez más,
ha quedado impresa en mi piel
y ha dejado su huella, un espacio vacío.
Cada vez que tu ternura me toca,
uno de mis órganos vitales
abandona para siempre su lugar
y yo me voy haciendo invisible.
Me pregunto cuántos espacios vacíos me contienen
y cuántos me quedan por vivir.

Morirme de amor con el amor a mano
amando hasta el final,
armada de amor infatigable,
y no siendo por amor
no volver nunca los pasos hacia atrás
pero si por él es, volverme
para volver a morirme de amor
tantas vidas como amor me quede.
Desarmada de amor eternamente,
así quiero vivirme.

Si me quedara un día solamente
me sentaría a mirarte
y bordaría un silencio celeste
para que me encontraras después,
cuando me hubiera ido.
Repasaría minutos deshilados,
con agujeros de penas,
y haría ojales y presillas
para unir, para sujetar,
los recuerdos que tienden a escaparse,
en cuanto les das suelta,
detrás de cualquier mariposa.
Y si todavía me sobrara tiempo,
te haría un pucherito de estrellas estofadas,
un guiso de pensamientos,
y arrimadito a mi lumbre,
lo escucharía hervir
y mientras, me inventaría un cuento
que empezara al revés:
Y fueron felices
y comieron perdices...

Para Antonio Orihuela

Esta segunda edición del poemario, Musarañas azules en Babilonia, de Begoña Abad de la Parte se terminó de imprimir el once de octubre de dos mil trece en el obrador del impresor Pepe Grau, en una segunda tirada de 100 ejemplares numerados y firmados.

Ejemplar N° _____



Cada día el esposo le venda los pies
mientras ella teje un pez naranja para él.
La venda interminable, el pez nada.